

una agradable sorpresa

De vez en cuando ocurre que un artesano hollywoodense —joven o viejo— se «destapa» y se revela como un excelente realizador, personal y con un mundo propio de expresar. No se trata generalmente, en estos casos, de que el realizador en cuestión no haya logrado hasta entonces el acceso a la producción verdaderamente industrial, ni de que deje ésta por un cine más «independiente» en el terreno económico. Norman Jewison había sido, hasta ahora, un director de films de estrellas, y «El rey del juego» («Cincinnati Kids», el título original, resultaba bastante más adecuado) es, también, una película de estrellas. El esquema, pues, no ha variado. Y, sin embargo, el producto está a mil leguas de distancia —hacia arriba— de las insulsas comedietas con Doris Day al frente del reparto. Es cierto que las imposiciones de un «monstruo sagrado» como la actriz-cantante deben ser muy superiores a las de los actores que intervienen en «El rey del juego», pero no hay que olvidar que Hollywood cifra, en estos momentos, gran parte de sus esperanzas de mantener el «star-system», en figuras como Steve McQueen y Ann Margret, promovida la temporada pasada como «estrella del año» y, en menor escala, o a plazo más largo si se quiere, sobre Tuesday Weld. En este estado de cosas hay que preguntarse hasta qué punto, para gran parte de los «directores» americanos, el contar con una historia en la que puedan creer no es la base esencial que pueda determinar su eficacia como tales. No se trata, naturalmente, de volver a la vieja y desacreditada polémica sobre la importancia del guión respecto a la de la puesta en escena. Pero sí de tener en cuenta que, sobre una base literaria deleznable es difícil, por no decir imposible, realizar una obra auténticamente válida. Por otra parte, y volviendo al «caso» Jewison, hay que señalar que lo que hace aún más sorprendente la notable calidad de su último film llegado a nuestras pantallas es que el anterior, «El arte de amar», en el que también contaba con un excelente guión y un buen plantel de actores, se le escapaba de las manos aunque fuera más interesante que otros por él realizados.

«El rey del juego» hace pensar, y no sólo por la similitud temática, en «El buscavidas», uno de los buenos films del muy irregular Robert Rossen, recientemente fallecido; pero recuerda, sobre todo, aquel buen cine americano de los años treinta, todo en medias tintas, capaz siempre de enmascarar las vertientes folletinescas que pudiera haber en la primitiva base argumental gracias a una realización medidísima, a una excelente dirección de actores y a una estupenda galería de tipos secundarios. Estas virtudes se hacen patentes en «El rey del juego». Sin ellas, el film podría haber desembocado en dos desagradados opuestos e igualmente peligrosos: el melodrama efectivista o la comedia de costumbres aburrida y sin nervio. La partida de poker que ocupa íntegramente el último tercio del film es buena prueba de ello. Podría haberse realizado a base de efectos de montaje, de la creación de un «suspense» fácil y llamativo; o haberse quedado en una lenta exposición, sólo susceptible de interesar a los previamente interesados en el juego. Jewison ha conseguido, como en el resto del film, por otra parte homogéneo en cuanto a la consecución de un admirable medio tono, mantenerse en el justo punto de equilibrio, engarzar las actuaciones de todos los personajes que en ella intervienen activa o pasivamente y darles la suficiente vida, mediante pequeños toques, para que, incluso simplemente abocetados, tengan una existencia real, un peso físico.

Esto lo ha conseguido, además, a través del empleo de procedimientos absolutamente clásicos, que van desde la utilización de fundidos y encadenados al llamado «salto proporcional» en los cambios de plano. Es curioso que mientras el cine europeo se lanza a una carrera, a veces desenfundada, hacia la búsqueda de nuevas formas del lenguaje, en el americano se observa —con excepción de los realizadores que tienen realmente un estilo propio y absolutamente personal— un retorno a fórmulas que hicieron posibles las etapas de su mayor apogeo. Algunas de las películas mejores que vimos en España el año pasado respondían a esta tendencia, y «El rey del juego» encuentra ahí su mejor baza. La reconstrucción de ambientes, la presentación de personajes, las escenas intimistas están siempre logradas con una eficacia, exenta de todo afán de lucimiento, que ha sido, siempre, una de las principales características del mejor cine americano. Vuelve a encontrarse, por otra parte, esa estupenda galería de tipos secundarios a los que aludía más arriba y que están, además, encarnados por actores de la talla de Rip Torn, Cab Calloway, o Joan Blondell, aquella estrella de las comedias de los años treinta y cuarenta. Robinson impone, como siempre, su magnífica presencia y McQueen, que en sus últimas apariciones no había parecido responder a la publicidad que en torno a él se había montado, se revela aquí como un gran actor y, sobre todo, como capaz de convertirse en una de esas espléndidas «jetas» con que, desde el inigualable Bogart hasta un Lee Marvin o un Glou Gallagher, pasando por tantos y tantos otros, ha contado siempre el cine americano. Su rostro, duro, como tallado a golpes de maza, se impone como algo específicamente cinematográfico, por encima o al margen de sus calidades de actor.

CESAR SANTOS FONTENLA



BELLEZA DEL BUSTO

Serum "D"
Desarrolla
Serum "S"
Reafirma



LANCASTER

Arrête la marche du temps